

cerró con Sancho, y á mansalva le molió la cabeza á coscorrones y le tostó la cara á bofetadas. D. Quijote y el cura, que á la sazón estaban saliendo del comedor, acudieron al ruido, y por medio de su autoridad pusieron fin á la pelea. La vieja trapi-sondista salió desmelenada, despechugada y rota, con dos dientes menos de los tres que le habían dejado por puro favor los años y el corrimiento, y sin ceder un ápice de su venganza, expuso sus agravios ante el cura. Como todo lo vió trastornado, el prudente varón resolvió que las partes volviesen dentro del tercero día, por no decir dentro de cien años. Tan enrevesada parecía la cuestión, que el Areópago no hubiera determinado otra cosa. Puesta en la calle la gente de fuera, y restablecido el buen gobierno, el machucado escudero solicitó por algunas unturas que le hiciesen al caso. «Non vos acutedes, le dijo don Quijote: tan luego como yo vuelva á hacer el bálsamo que sabes, te pondrás bueno y sano y rejuvenecido. Calla por ahora, y conténtate con lavarte el rostro, que en verdad lo tienes achocolatado, como si te lo hubieran hecho adrede. — No ha sido de errada, respondió Sancho; y de pura cólera se arrancó tres ó cuatro mechones de pelo, y se estuvo magullando las canillas con sus propios pies durante un cuarto de hora. — Eso es llover sobre mojado, Sancho iracundo, dijo D. Quijote; repórtate, y ten piedad de ti mismo: si ahora estás debajo, mañana estarás encima; y si hoy te hallas molido, ya molerás á tu vez. Lo que conviene, es que compongas el semblante y te vengas conmigo.»



CAPITULO IX

QUE TRATA DE COSAS VARIAS É INTERESANTES POR SÍ MISMAS,
Y TODAVÍA MÁS POR LA PARTE QUE EN ELLAS TOMÓ D. QUIJOTE DE LA MANCHA

Según que se había propuesto, llevó el cura á D. Quijote á visitar su fábrica. El maestro de obras dijo que el monumento sería de orden corintio, como lo estaban pregonando las columnas y la fachada cuyo trazo tenía ya en la idea, aun cuando no estaban principiadas. «Y no piense vuesa merced que ésta sea la única que tengo entre manos: el puente de Juan Bunbún, pesadilla de los arquitectos más famosos, en dos paletas lo he echado sobre el abismo; y Dios mediante, mi ánimo es llevar á cima esta iglesia, con un pináculo que no le vaya en zaga á la catedral de Sevilla. Y mire vuesa merced, todo lo hago por pura devoción, en descuento de alguna de mis culpas, confiando en la infinita misericordia de nuestro Señor Jesucristo que me perdonará mis pecados.» Llegóse al cura D. Quijote, y le dijo por lo bajo: «Si no me engaño, la cabeza del arquitecto de vuesa merced es de orden compuesto de varios licores. — Es un honrado discípulo de Fidias, respondió el cura; alza el codo por casualidad como cuando cae domingo; pero no falla á las reglas arquitectónicas. Suele asimismo solemnizar el día lunes con una diversión dentro de casa. Por lo demás, fuera del sábado, que dedica todo entero á recrearse, no bebe sino el jueves y cuando tiene frío. Festeja sus cumpleaños y los de todos sus parientes,

amigos y conocidos. Concorre á los velorios, no pierde bodas, es puntualísimo en pésames y parabienes, y no hay fandango donde no se halle, sin camorra ni pendencia, eso sí, porque es pacífico y avenidero. — Échese y no se derrame, dijo D. Quijote: flojillo ha de salir el edificio. Con griegos como éste, yo haría Partenones. — Yo no pienso hacer otra cosa, repuso el cura: nunca dirige mejor la obra D. Emigdio que cuando se halla en buenas. Así tenemos un médico, maravilloso de bebido: ningún enfermo se le va. Y mire vuesa merced, en juicio es una pieza inútil. — Loado sea el inventor de la viña, dijo D. Quijote; pero yo quiero acabar en manos de un tonto morigerado: si la salud queda oliendo á aguardiente, opto por la sepultura. ¡Las torres de esta iglesia deberán de salir inclinadas como las de Pisa y Bolognia! — Dios no lo permita, respondió el cura;» y mandó abrir la puerta de la capilla del santo milagroso, de quien antes había dado noticia á D. Quijote.

Lo primero que se ofreció á los ojos, fueron unos grandes cuadros que contenían los milagros principales del patrono del pueblo. «Esto sucedió en el golfo de Vizcaya, dijo el cura, señalando un naufragio. Todos los pasajeros se salvaron, fuera de los que se ahogaron. — ¿Luego no se salvaron todos?, preguntó D. Quijote. — Ni la tercera parte, señor. — Y los que perecieron, ¿dónde están?, volvió á preguntar D. Quijote. — Donde Dios los ha puesto, señor; en el lienzo no están sino los del milagro. — Holgárame, repuso el caballero, de que el milagro hubiese obrado en todos, y de que todos se hubiesen salvado en vez de unos pocos. Explíqueme vuesa merced, si es servido, la materia de estotro lienzo: si no me engaño, esa figura descarnada ¿trae en las manos sus intestinos palpitantes? — Eso es dar en la cabeza del clavo, respondió el cura: el hombre á quien vuesa merced está contemplando, recibió una cuchillada desmedida, por la cual se le iba la asadura; mas tuvo tiempo de llegar á su casa, donde expiró como buen cristiano. — Este pasaje me reduce á la memoria, volvió á decir D. Quijote, á aquel venerable judío llamado Razías, que iba corriendo

delante de sus perseguidores, y de cuando en cuando se volteaba hacia ellos para aventarles al rostro sus entrañas vivas. El milagro ¿en qué consiste, señor cura? — En que no murió de redondo, señor caballero. Ahora eche vuesa merced los ojos á esta parte.» Y abriendo una caja de fierro, mil figurillas de oro y de plata resplandecieron á la vista. «¡Vive el Señor!, exclamó Sancho: gran cateador fué el santo, y dió con buena pinta. ¿El oro es amonedado ó en bruto, señor cura? — Ni uno ni otro, amigo Sancho; son figurillas y símbolos que representan milagros diferentes; pues habéis de saber que el ministerio principal del patrono de este pueblo es curar toda clase de enfermedades, mediante una prenda de oro ó de plata que figure el miembro enfermo. Veis aquí, añadió, tomando del arca uno de esos fragmentos preciosos, esta pierna consagrada por un hombre á quien se le rompió la suya en cuatro partes: desafiadle ahora á la carrera, y veremos si no os deja una legua atrás. Aquí tenéis un brazo de plata mandado hacer por un parálítico: él sabe si lo hubiera movido, y aun jugado pelota, á no haberse muerto en muy mala sazón. Esta es una garganta cuyo torneo es de lo más perfecto: pues sepan cuantos son nacidos que la señora que hizo este presente al santo, adolecía de esa enfermedad que afea y embrutece á un mismo tiempo, porque del cuello pasa á desvirtuar los órganos de la inteligencia. — ¿Qué mal es ese, señor cura?, preguntó Sancho. — Si entendéis de ciencias, amigo Panza, los médicos le llaman broncocele. En lenguaje menos científico son lamparones, y en el familiar se suele decir papera. — Ya caigo, dijo Sancho, esto es lo que en confianza se llama coto. — Así es, respondió el cura, y la señora, cuando el milagro empezaba á dar indicios de verificarse, salió también muriéndose. Ahora véase este corazón macizo; no pesa menos de diez onzas: es ofrenda de un hidalgo que padecía de hipertrofia, y ya no la padece: Dios le tenga entre sus santos. Esta alhaja la ofreció á la iglesia una buena matrona que murió de tisis: tosía la desdichada de manera de no ser cumplidero con ella ningún caso extraordinario y se fué dejando dos huér-

fanos y un parvulito de año y medio. Mirad aquí esta cabeza de plata, redonda y nervuda como la de un emperador romano: el que la regaló al santuario padecía de por vida de un insoportable dolor á las sienes, que acabó por volverle el juicio, sin el cual vive todavía en un hospicio de Barcelona. Este es un hígado de oro de un hacendado á quien come la tierra tres años ha, pues cuando acudió al santo, ya lo tenía en plena supuración. — ¿Dígame vuesa merced, preguntó D. Quijote interrumpiéndole, una vez que los ofrendistas de estas preseas han muerto de sus enfermedades, cuál es la parte del santo? ¿Dónde están los milagros que representan estos miembros diminutos? — Vuesa merced no es incrédulo, sin duda, respondió el cura, y sabe que los milagros son visibles é invisibles. Los primeros los tocamos con la mano; los segundos se ocultan á nuestro frágil entendimiento. ¿Quién sabe la virtud secreta de las cosas divinas, ni la manera de obrar de los bienaventurados? Mortales endebles, se nos pasan por alto las mayores cosas: la inteligencia humana tiene sus estrechuras en donde no caben, ni de lado, los grandes misterios de nuestra religión. Si el milagro se verificó, poco hace al caso que sea ó no palpable. Aquí tiene vuesa merced un ojo de plata, ofrenda de uno que los tenía torcidos. ¿Supone el Sr. D. Quijote que así pagó el tributo al santo ese quídam, como se puso á mirar derechamente? Nada de eso. Pero el dueño de este ojo sabe que si en este mundo ve un tanto al sesgo, en la eternidad ha de ver en línea recta. — Si este tuerto se condena, ¿de qué le sirve un ojo de plata?, preguntó Sancho. — El que algo da á la Iglesia, se condena poco, amigo Panza, respondió el cura; y mientras más dé un buen cristiano, se condena menos. El que da en abundancia, no se condena sino escasamente; y el que da cuanto posee, nada se condena. — Si yo prometiera y diera mi rucio con enjalma y todo á este santo milagroso, ¿qué pudiera sucederme de bueno? — Sucedería que anduviéseis á pie; con lo que haríais penitencia, y si á pies descalzos, mejor. — Pero mi santo no ha menester vuestro rucio, porque él anda á caballo; ni yo supiera qué hacer de semejante

alimaña, la cual, según he visto, ni con azogue en los oídos se menea. — El asno de mi escudero no puede ser lo que dice vuesa merced, respondió D. Quijote; porque si tan malo fuera, no se anduviera junto con mi caballo. Pero sea de esto lo que fuere, las riquezas de este santo deben de ir siempre á más, siendo el ingreso constante, ninguna la salida; y bien se pudiera aprovechar de ellas en obras pías, cosa que agradaría muy mucho al dueño del tesoro. Pues en suma, de nada sirven estos brazos y piernas preciosos, cuando hay tantas hambres que mitigar, tantos dolores que aliviar. La piedad al servicio de la caridad, es el bello y dulce misterio de la religión cristiana. — Nadie toca estas joyas, señor mío, respondió el cura: fraude sería ese, que el santo castigaría con rigor. Le gusta ver de día y de noche estas prendas de veneración, y él sabe en sus altos juicios para lo que las destina. — ¿El cura tiene derecho á ellas?, tornó Sancho á preguntar. — Cuando urge la necesidad, respondió el cura, puede disponer de tres ó cuatro. — Como por vía de espumar este depósito, dijo Sancho, y á modo de seña de haber visitado el santuario, ¿no pudiera un pasajero tomar á su cargo dos ó mas de estas alhajuelas? ¡No es bueno que yo me halle en disposición de contentarme con las más usadas! Algunillas que no le sirven al santo, señor cura; de esas que por antiguas han sido echadas al rincón. — Hará cosa de seis meses, respondió el cura, vino una loca á preguntar si á dicha no había por aquí algunas cucharas de plata, de esas que ya no sirven, y tuvo á modestia el afirmar que se contentaría hasta con una docena. Más humilde se nos descubre el Sr. Panza; pues ofrece quedar satisfecho con algunas preseas de oro ó de plata de piña. Primero os diera yo la píxide que una de estas santas cilindrinas. ¿Y son mías, por ventura, para que yo me ponga á derrocharlas en favor de cualquier quisque traído por el viento? *Nemo dat quod non habet*; «ca los sabios antiguos non tovieron que era cosa con guisa, nin que podiese seer con derecho, dar un home á otro lo que non hobiese.» ¡Hijo de Dios! ¡Los símbolos, como si dijéramos la parte material de los milagros del

santo, quiere que se los demos! ¿Vuesa merced, Sr. D. Quijote, ha criado este pajarraco? — La disparidad, respondió el caballero, entre la que vino por las cucharas y este plepa, no está sino en el sexo. — ¿Conque San Jacinto te ha de dar alhajas de oro que no sirvan, mentecato? La Virgen tiene en su camarín, prosiguió el cura, buena cantidad de perlas, diamantes, rubles y otras porquerías de estas: ¿sería vuesa merced servido, señor don Sancho Panza, de tomarlas también á su cargo? Son gargantillas, sortijas, rosarios y relicarios que ya no se usan; favor nos haría su merced con desembarazarnos de todo ese cascote. ¡Y miren cómo discurre el cara de caballo! — ¡Los sofiones que da el señor cura!, respondió Sancho: aínas me hace ahorcar por haber pedido una presa de esas crudas. Yo sé dónde espumé tres gallinas y dos gansos, hasta cuando llegase la hora de comer, y aquí me dan con las del martes por haber solicitado una triste pierna. — Una triste pierna de oro, replicó el vicario. Nos desrancharemos por serviros, noble mancebo: ahora están crudas esas presas y será bien esperemos que se hallen en su punto.»

Salieron de la capilla, y como volviesen á pasar por la fábrica, se llegó de nuevo el arquitecto á D. Quijote, y alargándole la mano, le dijo: «Mi querido.» Esto era para el caballero peor que llamarle buen hombre: sintió agolpársele la sangre á la cabeza, al tiempo que su mano caía instintivamente sobre la empuñadura de su espada. «¿Sabe este bebedor quién es «mi querido?»» respondió apretando los dientes y temblándole las carnes del cuerpo. Mirad dónde os ponéis, ó daréis con tal maestro que os enseñe las cuatro primeras reglas de la buena crianza.» Hubo de interponerse el cura y suplicar á D. Quijote dispensase el atrevimiento involuntario de aquel viejo, quien no era en suma sino un pobre diablo. «El aguardiente, respondió el caballero, sobre ser de mala índole es muy mal educado. Podemos dispensar por un instante á un borracho, señor cura; mas no me consta la necesidad de seguir sufriendo sus impertinencias.»



CAPITULO X

DEL ENCUENTRO QUE TUVO D. QUIJOTE CON UN PODEROSO ENEMIGO,
Y DE LOS TRABAJOS QUE Á ESTA AVENTURA SUCEDIERON

Como en la casa parroquial no hubiese el ámbito necesario para tan gran señor, le invitó el cura á pasar á la vecindad, donde le había preparado alojamiento digno de su persona. Aceptólo D. Quijote, y seguido de su escudero, se fué adonde le dirigían, pues la cama le hacía muy al caso. Los monacillos con quienes D. Quijote había dado en el suelo cuando encontró la procesión, antes se hubieran dejado ahorcar que perdonarle; y así anduvieron con tiempo dándose sus trazas para que su venganza fuese cumplida. Llegados á la casa, le designaron su aposento, advirtiéndole que en él hallaría lo necesario, y se fueron sin hacer ni decir otra cosa. Abrió la puerta D. Quijote, y se dió de hocicos con una figura desemejable, puesta allí lanza en ristre, capaz de infundir pavor en el corazón más denodado como no fuera en el de D. Quijote. Hubo de retroceder á pesar de su valentía el poderoso manchego; mas vuelto en sí al instante, arremetió al fantasma, y de una lanzada le echó por tierra. «Está muerto, gritó Sancho: mire vuesa merced cómo tiene el cadáver esta pierna fuera del cuerpo, y lo mismo este brazo. — La cabeza no está más en su lugar, respondió D. Quijote, dando un puntillón en la del difunto, la que rodó por el pavimento. El gigante ha sido de piezas, ó mi lanza ha adquirido la virtud de reducir á polvo á mis enemigos.» Sacando por el ruido que la cabeza podía muy bien no ser de carne y hueso,

se acercó á ella Sancho poco á poco, y asiéndola con cauta timidez, rompió en una carcajada. «¿Qué ocasión de risa es esta, Sancho impudente?, preguntó D. Quijote: reir en presencia de un muerto, es ó suma necedad ó suma impiedad; y en cualquiera de estos casos, incurres en mi enojo. — No hay muerto, señor, ni vivo ni muerto, respondió Sancho. — ¡Cómol, repuso el caballero, ¿hay por ventura un término medio entre la vida y la muerte? Si este descompasado animal no está vivo, en ley de justicia ha de estar muerto; si no está muerto, ha de estar vivo. — La cabecita es de palo, dijo Sancho; y los miembros son de paja. Si no, ¿dónde están la sangre que ha corrido por el suelo y los ayes que ha echado el moribundo? — Ésta es otra de las del sabio que me persigue, respondió D. Quijote: ¿cómo puede suceder que no haya sido gigante real y verdadero éste que ahora parece obra hecha á mano? Piensa, di, haz las cosas con un granito de sal, buen Sancho. Desencapotemos el negocio, ven acá: ¿te parece razonable que este hombre, gigante ó demonio á quien acabo de quitar la vida, hubiese podido ir y venir, ponerse á caballo, manejar la lanza y entrar en combate con esta cabeza de palo? Aquí hay una entruchada de Fristón; y no te podría yo decir si esta aventura no es presagio de nuevas desventuras. — Haya sido ó no de carne y hueso este demonio, dijo Sancho, ¿de los despojos bien nos podemos aprovechar? — Eso te cumple, respondió D. Quijote; dispón de ellos sin darme cuenta. Ahora tomemos algunas horas de reposo: esta armazón dentro de la cual traemos el alma, así como requiere movimiento requiere inmovilidad. La noche es nodriza de toda criatura viviente: nos llama á su regazo y nos arrulla con el silencio blandamente. Quítame el arnés, buen Sancho; que yo extienda á mi sabor estos fuertes y trabajados miembros.» Sancho se puso á repetir con socarronería lo que más de una vez le había oído:

«Mis arreos son las armas,
Mi descanso el pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.»

Una cosa es dormir noche por noche, respondió D. Quijote, y otra dar consigo en la cama, allá, cuando después de muchas aventuras bien concluidas no tenemos los caballeros andantes otras que acometer. Si te acuerdas, los héroes más famosos se entregaron al sueño, y esto, en trances apuradísimos, como Alejandro Magno, que se llevó de un tirón veinte horas hasta cuando Parmenión le vino á despertar diciendo en voz alta: «¡Alejandro, Alejandro, cargan los persas!» Y Mario, dime, Mario, aquel buen muchacho que hizo frente á Sila, vencedor de su padre, ¿no se echó muy de propósito á dormir debajo de un árbol, cuando las dos huestes contrarias se venían á las manos? Déjate de escrúpulos y ayúdame á deponer estas pesadas armas.» No poco satisfecho de verle pensar así, el bueno de Sancho le quitó coraza, brazales, escarcela, grebas y más piezas con que D. Quijote andaba aherrojado; y como éste mantuviese la celada, era de ver la figura del noble manchego con sus calzas adheridas á los huesos, largo y desmirriado, el yelmo en la cabeza y baja la visera. En este pelaje se llegó á la mesa, y puesto delante de un enorme jarro, habló como sigue: «Agua, licor celestial, ¿no eres tú el que circulaba en el Olimpo con nombre de néctar de los Dioses? ¿No eres tú el que la hacendosa y delicada Hebe llevaba sobre el hombro en tazones de sonrosada perla, y vertía á chorros cristalinos en las copas de los inmortales? Agua, primor del universo, esencia pura y saludable que la tierra elabora en sus entrañas, tú eres la leche sin la que el hombre se criaría raquítico y deforme. ¿Hay cosa más inocente, pura, suave, necesaria en el mundo? Eres lo más precioso y nada cuestas; lo más fino, y sobreabundas. La árida roca, como un seno de la naturaleza, te echa de sí alegre y murmulante, y corres á lo largo de la peña ó te recoges en silvestre receptáculo rebulléndote en mil sonoras burbujitas. El vino es artificio del hombre; el agua, invención del Todopoderoso: el vino ha traído la embriaguez al mundo; el agua limpia las entrañas y aclara el entendimiento; el vino desmejora y enloquece; el agua no ocasiona mal ninguno, porque de suyo es in-

ofensiva; y porque nadie abusa de ella. Manjar no hay en la tierra que más delicadamente saboree el hombre de buenas costumbres y templados apetitos, ni que más regenere y conforte. Quiero decir que tengo sed, añadió variando el tono y alzándose la visera. Es gran fortuna del hombre que su deseo más ardiente y su satisfacción más intensa no le hayan de costar trabajo ni dinero.» Diciendo estas palabras, tomó el jarro y lo empinó con la misma gana con que se había echado al coletto el bálsamo de Fierabrás. Pero si algo le cayó dentro, la mayor parte le fué al pecho, y corriéndole por el estómago en gruesos hilos, bajó á arrecirle más y más las piernas, que de suyo eran heladas. «¡Maldito sea, dijo, el encantador que me persigue!» y frunciéndose de cólera, dió con el jarro en el suelo. Sancho intentó repetir la carcajada; pero un turbio vistazo de D. Quijote se la convirtió en tos fementida. «Lo que más hiciera al caso fuera que nos acostáramos, dijo, y aún podría ser que los encantadores nos respetasen el sueño.» No le pareció mal á D. Quijote el dictamen de su escudero; y ganando resueltamente la tarima que se le había prevenido, se tiró de largo á largo.



CAPITULO XI

DE LA TEMEROSA AVENTURA DE LA CAUTIVA ENCADENADA

Estaban para querer dormirse los aventureros, cuando empezaron á oír un ruido crudo y estridente como el chis chas de una cadena. «¡Santo Dios!, exclamó D. Quijote sentándose en la cama, al tiempo que su escudero, poseído de terror, acudía á refugiarse á su lado. ¿Qué puede ser esto, Sancho, sino el preludio de una aventura de las que á mí me suelen suceder? El que arrastra esa cadena es un caballero cautivo, ó quién sabe si una princesa á quien se ha hecho desaguisado, y tienen secuestrada sus injustos opresores por ocultar la mala obra. ¿Hacia dónde suena ese estridor temeroso, amigo Sancho?— Señor, respondió Sancho en voz muy baja, me está discurriendo por el cuerpo un hormiguillo junto con un trasudor, que me quita el conocimiento hasta de mi propia persona. — No podría decirte, replicó D. Quijote, así, tan de pronto, si por ahora tu miedo es justificable; porque en verdad el que ahora quiere suceder, será uno de los casos más raros de la caballería. ¿Ó es á dicha un muerto que, no habiendo fenecido sus cuentas, vuelve al mundo por altos juicios de Dios, á encomendarme su asunto, sabedor de que soy caballero andante? Yo te pudiera recordar muchos sucesos de esta naturaleza, si dudaras de su posibilidad. Hombres hubo que se fueron con un grave secreto en el pecho cuyo descubrimiento era requisito *sine qua non* para la salud